

un poeta en el que propósito y realización han llegado a esa identidad que sólo se encuentra en los grandes escritores. ■ JAVIER ALFAYA.

La arquitectura de la autarquía

A principios de los años cuarenta, tres arquitectos de la Falange —Manuel Ambrós, José María Castell y Eduardo Olasagasti— concibieron una Casa del Partido. Pensada para edificar sobre el solar del Cuartel de la Montaña, tendría una superficie de setenta mil metros cuadrados y una plaza de honor, con un monumento a los caídos, capaz de albergar formaciones de dieciocho mil hombres... El proyecto no llegó a cuajar y el partido hubo de conformarse con el más modesto edificio de la calle de Alcalá, menos representativo sin duda del propugnado "nacionalismo imperial" y del lema doriano (por parte de hijo) "a nueva política, nueva arquitectura". Acaso porque la política no pudo ser tan nueva, la arquitectura se quedó casi siempre en remedo y disfraz, en acomodación y en poco más.

En el número 199 de la revista "Arquitectura" ("Arquitectura, Ideología y Poder: La Autarquía, 1939-1959"), Carlos Sambricio señala, por ejemplo, cómo el arquitecto Gutiérrez Soto para adaptar a los nuevos aires su proyecto de Mercado de Mayoristas de Málaga (concebido de acuerdo con un racionalismo entonces considerado nefando) "le bastará integrar a lo largo de la platibanda unas frases de 'Franco, Franco, Franco', 'Arriba España', 'España, Una, Grande y Libre'... O en el caso del Ministerio del Aire (también proyecto suyo) colocar una máscara escurriente a la fachada de un edificio que estaba 'dentro de los esquemas de aquella arquitectura que la burguesía española de preguerra había insinuado'. Arquitectura que se mantendrá en la posguerra; encubierta, unas veces; manifiesta, otras, como en el ejemplo de Aguinaga o de ciertos arquitectos canarios".

Junto a este acomodo y disfraz figura el remedo herreriano en que quedó la búsqueda de las "constantes de la arquitectura española", de la "arquitectura nacional", tan preconizada para las construcciones oficiales. Ignacio Sola Morales indica en su trabajo "La arquitectura de la vivienda en los años de la autarquía" que es en las experiencias rurales donde se produjeron

"los mejores esfuerzos intelectuales", los que pueden considerarse "en algún sentido los más 'modernos' y los más originales". La originalidad parece ir en sentido inverso al tamaño. Porque si en las casas y asentamientos rurales se produce el fenómeno señalado, en edificios oficiales como, por ejemplo, en la Universidad de La Laguna (considerada en este número por Matías Delgado) "el tono herreriano del edificio es evidente", como muestra de un período cuya economía política estudia Jorge Martínez Reverte. Junto a Herrera, Juan de Villanueva es otro de los arquitectos que se pretenden recuperar dentro de una línea historicista, en este caso neoclásica, pues "el retorno al clasicismo es una peculiaridad inherente a todo período que quiere manifestarse con grandeza y poderío", según escribía Zavala y recoge aquí Víctor Pérez Escolano en su estudio "Arte de Estado frente a cultura conservadora".

Pero fue un deseo frustrado éste. El pasado no pudo resucitar. Sofía Diéguez ("Nueva política, nueva arquitectura") lo dice así: "En la creación de un estilo propio sus intentos fallaron y las promociones de arquitectos de los años de posguerra se verían precisados a ensayar nuevos caminos, abandonando los deseos nostálgicos de revivir el estilo imperial de los Austrias"... Aquella cornisa imperial del Manzanares, pensada como elemento básico del nuevo Madrid por los ideólogos de Falange (con la catedral de la Almudena, el palacio de Oriente y la Casa del Partido sobre el solar del Cuartel de la Montaña), dejaría paso, de una manera simbólica, a los rascacielos de la plaza de España. Madrid —estudiado en este número por el Equipo de Análisis Regional y Urbano— iba a ser otra cosa diferente. ■ VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

El fantasma de la psicodelia

La década de los sesenta fue rica en fenómenos irracionales y espirituales; las generaciones jóvenes, desencantadas por el fracaso de la cultura tecnológica y de la sociedad tecnocrática en conseguir un mundo más habitable y unas condiciones de vida más satisfactorias para los seres humanos, se volvieron hacia todo aquello que tal cultura y tal sociedad habían rechazado: establecieron comunas agrarias, donde se retiraron del mundo industrial, y sustituyeron el pen-

samiento racionalista heredado del siglo XIX por un pensamiento paralógico en el que cabían fenómenos como la magia y los fenómenos místicos. Fue una época rica y misteriosa para el pensamiento, en la que se sentaron las bases de una nueva actitud frente a la vida —una actitud expectante, diría yo— que aún dura, a pesar de todo.

El consumo de ciertas drogas alucinógenas estaba muy acorde con esta forma de pensamiento; es cierto que estas drogas no confieren poderes especiales a sus usuarios, pero al menos ponen en contacto con una zona mental donde esos poderes parecen más fáciles de conseguir; imprimen, además, a la realidad un carácter de ensoñación y de magia, y algunas favorecen un cierto tipo de comunicación no verbal a nivel de grupo. El LSD —el más potente alucinógeno descubierto hasta ahora— se impuso como un medio para alcanzar no sé qué nebulosos absolutos, y también como droga de moda; y la marihuana tomó el papel de droga social, que había dejado momentáneamente vacante el alcohol.

Entonces apareció el doctor Timothy Leary. Filósofo y psicólogo de la escuela de Jung, Leary —profesor en la Universidad de Harvard— había descubierto las propiedades de los hongos alucinógenos en un viaje a Méjico, y había quedado encantado con ellas: le pareció —como a tantos otros, antes y después que él— que los alucinógenos abrían ante él todo un mundo nuevo, y desvelaban zonas de su mente ocultas anteriormente; llamó a los alucinógenos "psicodélicos", esto es, expansores de la mente. Pero, en vez de limitarse a escribir un libro narrando sus experiencias —tal como hiciera Aldous Huxley en "Las puertas de la percepción", decidió fundar una nueva religión, el psicodelismo. Religión absurda, hija de la mente de un intelectual y no producto de una situación válida, de la que son intérpretes mentes iluminadas y un poco simples; se basaba en un raro sincretismo que tomaba elementos de diversas religiones orientales. Leary escribió varios libros canónicos para su nueva religión —que, por cierto, tuvo muy poco éxito—, entre los cuales está su adaptación del "Libro Tibetano de los Muertos" (1).

El "Bardo Thodol", o "Libro Tibetano de los Muertos", es un

(1) "El Libro Tibetano de los Muertos", del doctor Timothy Leary, seguido del "Libro Tibetano de los Muertos" original, de autor anónimo. Traducción del primer texto debida a Horacio Quinto. Prólogo de Jaime Rosal. Star Books. Barcelona.

documento muy interesante para el estudioso de las religiones orientales: se trata de una guía del Más Allá, como el "Libro de los Muertos Egipcios", pero no tiene ningún parecido con éste. Según la creencia lamaísta, el difunto se encuentra, en el momento de su muerte, sometido a una gran confusión mental: su espíritu genera visiones, atroces o placenteras; atraído o repelido por ellas, va dando tumbos por el "Espacio Intermedio" —que es lo que significa la palabra "Bardo"— hasta ser reencarnado de nuevo; y su reencarnación es mejor o peor —es decir, reencarna en una esfera más o menos elevada— según hayan sido sus reacciones ante estas alucinaciones de su mente. Por supuesto, la finalidad está dentro de la ortodoxia budista: se trata, si es posible, de no reencarnar en absoluto y en seguir el camino de la Clara Luz Blanca que conduce al Nirvana. Las visiones que el difunto tiene son un compendio completo de las divinidades del Panteón Tibetano, adornadas con todos sus atributos; el libro, además de ser un texto poético de innegable valor, lleno de barroquismo fantástico, es también un buen manual para cualquiera que esté interesado en la mitología tibetana. Hay una buena traducción del doctor Evans Wentz, llena de erudición, y en castellano tenemos otra, menos cruda pero amena y pintoresca, debida al poliglota Juan B. Bergua.

Lo que hace Timothy Leary es tratar de adaptar los distintos estados por los que, según el "Bardo Thodol", pasa el espíritu del difunto a la experiencia psicodélica con LSD. Adopta el lenguaje sentencioso del libro, suprime las divinidades y da consejos que poseen cierto valor cómico debido a la mezcla de lenguajes sentencioso-religioso y cósmico-psicodélico: "El Fluir Interno de los Procesos Arquetípicos" y "La Estructura de la Onda Vibración de las Formas Externas" son títulos de dos de los capítulos de este folleto singular, que no tiene nada —o muy poco— que ver ni con la religión tibetana ni con la experiencia del LSD. El librito del doctor Leary resulta interesante para un historiador de la modernidad; es un subproducto de la corriente de pensamiento mágico-místico de los años sesenta y una demostración de lo que el peculiar talento americano puede hacer con fenómenos tan serios como son el espiritualismo, los alucinógenos y la revolución juvenil contra el pensamiento racionalista: convertirlos en monigotes cuyo lugar más adecuado está en Disneylandia. ■ EDUARDO HARO IBARS.